

José María Marco

*La libertad
traicionada*

Siete ensayos españoles



JOSÉ MARÍA MARCO

La libertad traicionada

Siete ensayos españoles

Primera edición: Planeta, 1997

Primera edición en esta colección: noviembre de 2007

de la presente edición: Editorial Fundación FAES S.L.U. c/ Juan Bravo, 3 C - 28006 Madrid

www.gotaagota.es

© José María Marco, 1997

Diseño de cubierta: G. Gauger

Maquetación: TGA

Impresión: Limpergraf

Encuadernación: Imbedding

Depósito legal: B.52.042-2007

ISBN: 978-84-96729-08-7

Impreso en España

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

La libertad traicionada de José María Marco

Gota a gota, 2007 Cartoné, 368

págs. Tamaño: 15x23 cm. ISBN: 9788496729087 Ref. 0801006

Un libro clave para entender el problema español.

Siete biografías breves, siete formas de vivir la doble crisis nacional y vital, siete intentos de encontrar una nueva forma de ser español, siete protagonistas: Costa, Ganivet, Prat de la Riva, Unamuno, Maeztu, Azaña y Ortega y Gasset conforman el relato de una crisis que se abre en 1898 y en 1939 se cierra en falso. Una crisis que pone en tela de juicio la entidad de España como nación. La idea de la nación, asociada al sistema liberal, alcanzó en el siglo XIX europeo un momento de esplendor. Con la crisis del 98, se quiebra la confianza en el liberalismo y, al mismo tiempo, en el concepto de nación española que le daba sustento.

La libertad traicionada, siete ensayos españoles es la radiografía de esa crisis cuyos ecos oímos todos los días. Los

siete artistas, intelectuales y políticos de los que este libro traza el perfil biográfico vivieron esta crisis política y patriótica en primera persona. Y la vivieron apasionadamente, comprometiendo en ella su vida entera, pero en vez de continuar la tradición política que hasta entonces se sustentaba en el liberalismo y en la nación española, imaginaron una “problema español” que nosotros, españoles del siglo XXI, hemos heredado.

Sobre el autor

José María Marco

José María Marco colabora regularmente en La Razón, Libertad Digital, La Mañana (Cadena COPE) y Popular TV. Escribe también en Revista de Occidente, Noticiero de las Ideas,

FAES Cuadernos de pensamiento político, entre otros.

Profesor de de Literatura y Cultura Españolas y de Traducción en la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid.

Durante el curso 2004-2005 fue “Visiting Researcher” en Georgetown University, Washington D.C.

Entre sus libros están La nueva revolución americana (2007), Azaña. Una biografía (2007), La libertad traicionada (2007) y Genealogía del liberalismo español (1998).

Ha sido secretario de las revistas DeZine (1979-1981) y La Ilustración Liberal (1999-2000). También fue miembro del Consejo de Dirección de ABC y del Consejo Editorial de La Gaceta de los Negocios, así como del Consejo Asesor de FAES.

Ha sido secretario de redacción de las revistas DeZine (1981) y La Ilustración Liberal (1999-2000). También fue



miembro del Consejo de Dirección de ABC y del Consejo Editorial de La Gaceta de los Negocios, así como miembro del Consejo Asesor de FAES.

Durante el curso 2004-2005 fue Visiting Researcher en Georgetown University, Washington, D.C.

Índice*

Preámbulo

.....

. 11

CAPÍTULO I

LA PÉRDIDA DE LA FE

JOAQUÍN COSTA (1846-1911)

..... 27

CAPÍTULO II

LA CONSTITUCIÓN IDEAL DE ESPAÑA

ÁNGEL GANIVET (1865-1898)

..... 73

CAPÍTULO III

LA NACIONALIDAD CATALANA

ENRIC PRAT DE LA RIBA (1870-1917)

..... 103

CAPÍTULO IV

LA ESPAÑA CELESTIAL

MIGUEL DE UNAMUNO (1864-1936)

..... 143

CAPÍTULO V

LA PATRIA ESPAÑOLA: LA HISPANIDAD

RAMIRO DE MAEZTU (1874-1936)

..... 189

CAPÍTULO VI

LA CREACIÓN DE LA NACIÓN

MANUEL AZAÑA (1880-1940)

..... 225

CAPITULO VII

UNA INTERPRETACIÓN ESPAÑOLA DEL MUNDO

JOSÉ ORTEGA Y GASSET (1883-1955)

..... 265

EPILOGO

EL RAPTO DE ESPAÑA O LA DESTRUCCIÓN DEL LIBERALISMO

..... 319

OBRAS CITADAS 345

INDICE ALFABÉTICO 355

* La paginación corresponde al libro original [Nota del escaneador].

Ysi Cervantes no hubiera estado dispuesto a dar su vida, «en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros», no habría sido capaz de haber luego escrito el Quijote.

MIGUEL DE UNAMUNO
«Sobre el alma en la historia», 1915

Preámbulo

ESTE DEBÍA HABER SIDO UN LIBRO SOBRE LA LIBERTAD. LO ES, EN REALIDAD, pero como la historia que cuenta no termina bien, resulta menos exaltante de lo que debiera. También es verdad que se trata de un episodio de la vida española mucho más rico de lo que tantas veces nos han contado.

En este caso, la «historia mal sabida», esa enfermedad que aquejaba a tantos compatriotas suyos, según decía uno de los hombres retratados en estas páginas, es la que ellos mismos elaboraron para justificar una conducta. Como si necesitaran dejar claro que los españoles, antes de ellos, no hubieran conocido lo que es la libertad.

Esto no quiere decir que estos siete hombres, que protagonizan la crisis que se abre en 1898 y se cierra en falso en 1939, nieguen la libertad. Al contrario, todos hacen de ella el punto central de su reflexión, desde Joaquín Costa, enamorado de una libertad concreta, encarnada siempre en lo individual, hasta Ortega, que hizo de la libertad la base de su pensamiento y elaboró a partir de ahí una visión española del mundo: española, justamente, por lo que tiene de reivindicación de la libertad.

Ganivet vivió la libertad como una búsqueda interior de desprendimiento y pureza. Unamuno, que tal vez envidió en secreto la radicalidad de Ganivet, su amigo, como un absoluto insobornable. Maeztu acabó exaltando la libertad cristiana, la de la responsabilidad y la renuncia, mientras que Prat de la Riba hizo de la libertad de un pueblo el norte de su vida entera.

Fue Azaña quien escribió que la libertad era para él objeto de acción y de instinto, y no de argumento y de doctrina... Para todos ellos, Don Quijote, enamorado de la libertad y capaz de cualquier sacrificio con tal de cumplir su san-

ta voluntad, será objeto constante de reflexión y recuerdo. Sólo Prat de la Riba reniega de él; lo considera arquetipo de un imperialismo caduco y trasnochado... Ahora bien, ¿hay algo más quijotesco que la voluntad de resucitar una nación que llevaba siglos olvidada de sí misma?

En realidad, y aunque sea a pesar suyo, nuestros siete personajes continúan lo que ha sido uno de los motivos fundamentales de la cultura española, quizá su constante más honda: la reflexión sobre la libertad. Y mejor que reflexión, habría que hablar de voluntad de libertad, porque la cultura española se vuelca, en este asunto, tanto en la reflexión como en la acción y el instinto: el querer ser libre, previo a cualquier otro designio, y superior a toda aspiración.

El siglo XIX, que es el fondo sobre el que se adelantan estos siete personajes, significa la universalización de este deseo y su traslado a una construcción política: la nación liberal. Los españoles, que habían hecho de la voluntad de ser libres su signo de identidad, no se quedan atrás en el movimiento. El antiguo régimen se desploma en España con el mismo estrépito que en muchos otros países occidentales. Los dogmas, las arbitrariedades y el despotismo van dejando paso a las libertades individuales, económicas y políticas en que consiste la modernidad, es decir, la libertad económica —el capitalismo— y el liberalismo en camino luego de convertirse en democracia liberal.

Es lo que sus protagonistas, perfectamente conscientes de lo que decían, llamaron la revolución española. Como era de esperar, esta revolución, a la que luego se le negó incluso la existencia, como si en España no hubiera pasado nada desde 1808, no sigue modelo alguno. Pero es que el paso del antiguo al nuevo régimen es distinto en cada país o en cada región de Europa.

También fueron particulares los obstáculos y las resistencias que una mutación tan gigantesca había de suscitar. La lucha entre lo antiguo y lo nuevo encarnó aquí en un pleito dinástico entre Isabel, una Reina niña, y su tío el infante

don Carlos, doblado de otro en el que la conciencia de autonomía de algunas regiones se resistía a la normalización impuesta por quienes estaban dispuestos a abolir privilegios y excepciones en nombre de la libertad.

Frente a esta libertad abstracta y niveladora a la fuerza, se reivindicó el derecho a la diferencia y a la singularidad, encamados en la tradición. Aquello no era la libertad política ni la del individuo, pero no dejaba de ser otra forma de libertad. La de vivir conforme a una herencia asumida voluntariamente como horizonte de futuro. Por eso la contrarrevolución no dejó a los liberales el monopolio de la palabra mágica, y los carlistas, aunque fueran herederos del partido servil del Cádiz de las Cortes, invocaron, como sus adversarios, el nombre de la libertad.

Las luchas entre aquellos dos bandos desgarraron todo el siglo XIX español. Unos querían la vuelta atrás, olvidar el pasado, anular, como dijo Fernando VII, el paso del tiempo. Restaurar una sociedad estamental, unida por el catolicismo y la identificación con el monarca, apegada a sus tradiciones localistas y singulares como un milagro en el que los antiguos valores habían sido preservados milagrosamente del torrente uniformizador y corrosivo que anegaba al resto del mundo. El cuerpo de la nación no era para ellos una asociación renovada con el tiempo, o el ancho campo desplegado ante la voluntad del individuo, sino el complejísimo mundo de relaciones venerables, establecidas desde muy antiguo y en las que el ser humano encontraba acomodo y amparo.

Los otros, los liberales, aspiraban a ver respetados unos derechos generales, abstractos, los que definen el ser humano en lo que tiene de más universal. La nación requería una Constitución escrita, porque el texto venía a fundar un nuevo país basado en la autonomía de cada uno de sus componentes, que no aceptaban ya imposiciones previas. Por supuesto que reconocían el pasado; pero para ellos el pasado hablaba de libertad y de emancipación. De hecho,

quienes habían traicionado la historia de España eran sus adversarios. Ellos habían ahogado las antiguas libertades en nombre de una forma política extranjera, como era la monarquía absoluta. La auténtica tradición española, la de las Cortes y los municipios, hablaba, en cambio, de libertad.

Liberales y tradicionalistas partían de supuestos, convicciones e ideales radicalmente distintos. No era posible, y de hecho no la hubo, reconciliación alguna. Sí que podía haber, en cambio, una vía que no sería una síntesis, sino una forma templada de liberalismo en la que la aspiración a la libertad y el respeto de los derechos quedara templada por lo que Jovellanos había llamado la «constitución histórica» de España.

Estos moderados no pretendían la vuelta atrás ni la destrucción de la Historia por anulación del pasado y resurrección de lo pretérito. Entendieron que la sociedad española, como cualquier otra sociedad, no puede volcarse íntegramente en el molde ideal de una doctrina política, y que las mentalidades, las lealtades y los intereses no son ilusiones ni falsos prejuicios, sino realidades con las que hay que contar si no se quiere que se estrellen en ellas los bellos ideales de libertad y universalidad.

Hasta 1875, estos hombres templados y pragmáticos, gobiernan sólo de vez en cuando, una vez con el nombre de «puritanos», luego como Unión Liberal. En lo ideológico se sitúan en una perspectiva que hoy, después del hundimiento de las utopías totalitarias, nos resulta familiar. Unos porque están de vuelta, otros porque lo supieron ver a tiempo, todos se distancian de aquella ilusión de libertad, de aquel radicalismo de apariencia juvenil que hizo de la Constitución del año 12 un ideal siempre actual porque era imposible de cumplir.

En 1876, por fin, se establece un régimen basado en aquellos presupuestos de moderación y eclecticismo. Se le llamó Restauración, porque repuso en el trono a la dinastía

depuesta pocos años antes. Bajo el nombre, parecía triunfar el espíritu de quienes habían rechazado de plano cualquier modernización de España en nombre de la tradición. En la persona de Alfonso XII se restauraba la unidad del altar y del trono, y con ella los sacrosantos principios de la España eterna: un Dios, un monarca y una espada.

No era así, ni mucho menos. La dinastía entonces restaurada había firmado con el liberalismo un pacto en el que se jugaba —acabó haciéndolo, de hecho— su propia existencia. Desde la muerte de Fernando VII, la Monarquía española era liberal por naturaleza. Con Cánovas, los militares desaparecieron de la escena política por primera vez desde principios de siglo y muy pronto, sobre todo si se tiene en cuenta que el nuevo régimen tuvo que terminar con la última guerra civil carlista y un proceso imparable de disolución de la nación española, se estableció el parlamentarismo, la seguridad jurídica, la libertad de expresión y el sufragio universal.

Lo que se llamó Restauración era, en realidad, una victoria en toda regla del liberalismo. Eso sí, sin su intransigencia, sin la apelación permanente a los principios, sin llamamientos a la aniquilación del adversario. No se intentaba la unanimidad de los partidos, sino su convivencia pacífica y el respeto a los pactos, a las instituciones y a los valores que los fundaron. Y el instrumento que lo permitía era la libertad.

Alguna vez —afirmó Cánovas, el artífice de aquel régimen— he manifestado yo la esperanza de que ninguna labor pasada sería perdida para los hombres y que el progreso de nuestra especie armonizaría y juntaría en uno, allá por tiempos remotamente futuros, las más de las cosas, en apariencia antinómicas, que se disputan su preferencia al presente. Aún me acompaña, señores, ese propio convencimiento. Para mí, ha de haber una plenitud o condensación de los hechos y de las ideas actuales, donde ellos y ellas aparezcan sin accidentes efímeros en su purísima virtud es-

encial. Y como no hay para aproximarse a ese ideal otro medio de locomoción, cuéstenos lo que nos cueste, que la libertad, mi conciencia me veda renunciar a ella, interior ni aun exteriormente.

Con expresiones como estas, un poco cervantinas, del Cervantes último y más depurado, el del Persiles, Cánovas despejaba la situación. Lo que contaba era, mucho más que la armonía y las purísimas virtudes esenciales del ideal, la libertad actual. Las primeras quedaban aplazadas a un futuro remoto; la segunda, en cambio, era el único modo de vivir y progresar en una realidad impura, accidental y contaminada de intereses, un mundo con el que no queda más remedio que pactar si se quiere seguir adelante.

Y así como la libertad quedó a salvo como el primer gran principio en el que se sostenía todo el edificio, Cánovas logró también rescatar de la lucha partidista y política el segundo gran principio que hasta hace poco tiempo en España ha parecido desfasado, propio de otros tiempos y otros países, como es la lealtad patriótica. Si la libertad era el instrumento, la patria y el sentimiento patriótico constituían el marco general, delimitaban el terreno e instauraban la posibilidad misma de la convivencia, la disensión y el respeto.

Aquella exaltación patriótica no tenía nada que ver con el nacionalismo. Los españoles, que forman parte de una nación muy antigua, no necesitan de exaltaciones nacionalistas para pensarse y sentirse tales. De hecho, el nacionalismo no existió en España en todo el siglo XIX, y el patriotismo que invocó la Restauración es fundamentalmente integrador y abierto. Ni excluye ni reivindica esencias étnicas ni ideológicas. Ningún partido intentó nunca monopolizar el patriotismo o el nombre de la patria y nadie hizo de España una bandera partidista. Al final del siglo, la auténtica — y la única — patria de los españoles era la patria de la libertad, llamada España.

Eso es lo que encarnaba la monarquía española restaurada. La Restauración ofrecía un cauce pacífico al sentimiento patriótico que desde la Guerra de la Independencia había movido a liberales y tradicionalistas, moderados y progresistas. Y es que la unidad entre libertad y patriotismo establecida por el liberalismo constituía un cimiento sólido, al tiempo argamasa y muro de contención, que permitió establecer un terreno común en el que participaron, además de los liberales de todas las tendencias, carlistas y republicanos, que fingían ceder sólo en lo accidental a favor de la convivencia pacífica y el progreso general.

Por eso la Restauración será tan difícil de sustituir e incluso de atacar. De hecho, para hacerse oír, la crítica a la Restauración deberá ser literalmente escandalosa: atacar a la vez a España y a la libertad. Esto tiene un precio, y es que esta posición queda anulada como instrumento político ante una opinión que conocía de sobra los efectos del radicalismo tras la crisis del régimen de Isabel II, entre 1868 y 1873. Quien se sitúe ahí está condenado a la marginalidad. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el Partido Socialista. Lejos de integrarse en el sistema parlamentario, como hacen otros partidos socialistas europeos, ejerce de oposición global al régimen. Eso le condena, incluso más tarde, cuando llegue a ocupar posiciones mayoritarias, a una actitud esquinada. Herencia de aquellos tiempos es la desconfianza hacia la democracia liberal de la que el PSOE no parece haber conseguido librarse nunca.

Ese es también el papel que asume Unamuno cuando, ávido de notoriedad, se lanzó a la crítica del «casticismo». No le quedará más remedio —verdad es que lo hace con enorme entusiasmo— que ejercer de antiliberal y antipatriota... Este tipo de crítica no podía cuajar hasta que no se produjera una crisis seria, y eso fue lo que ocurrió cuando, en 1898, la derrota ante Estados Unidos desveló lo que parecía el rostro verdadero de la Restauración: el patriotismo

huero, la incapacidad militar, el quiero y no puedo. En dos palabras, la falsedad y la mentira.

Esta crítica olvidaba, claro está, que entre los escasísimos imperialistas españoles habían estado los krausistas, con Joaquín Costa a la cabeza, que ahora nutrían las filas de quienes lanzaban anatemas contra los responsables de aquel desastre... Pero las responsabilidades reales parecían ser lo de menos. Mucho más importante era la brecha que se empezaba a abrir en el régimen, por la que se fue colando, a fuerza de escándalos, desplantes y, muchas veces, mezquindades, una nueva literatura crítica, propiamente demoledora, llamada pronto literatura del Desastre.

Más consistente, y sobre todo más constante, será la crítica a cargo de la siguiente generación, la conocida con el nombre de generación del 14. Sus miembros, educados para formar la nueva minoría gobernante, verán naufragar todas sus expectativas de liderazgo. No son, por supuesto, los únicos responsables del fracaso, pero no parece dudoso que el radicalismo verbal que exhiben tenga algo que ver con el bloqueo del que se consideran víctimas.

Hoy en día nos sorprende que aquellos hombres se creyeran destinados a gobernar un país que criticaban con tanta dureza y tanta saña. Hasta tal punto llega su adanismo —forma falsamente ingenua de ignorancia— que fingen ser los primeros españoles europeos. Al leerlos, se diría que antes de Ortega y de Azaña nadie en España hubiera sabido nunca de la existencia de Inglaterra o de Francia. Algún institucionista, tal vez...

En el fondo, estas posiciones, de puro extremas, no habrían tenido más significado que el de demostrar la impaciencia de aquellos jóvenes. Pero para eso tendrían que haber aceptado la herencia que recibían, y que no era otra que la del liberalismo. ¿Que eran más radicales que sus mayores? Claro, pero como lo son quienes, legítimamente, quieren adelantarse y destacar. En este caso, enarbolando

las antiguas banderas del doceañismo, la intransigencia o el progresismo...

No ocurrió así. Es cierto que el sistema parecía bloqueado, pero ellos fueron incapaces de presentar una alternativa global (no la había, en rigor), y decidieron tomar en serio la argumentación más tradicionalista, y reaccionaria, sobre aquel régimen que no acababa nunca de morir. Para aquellos jóvenes reformistas radicales, la Restauración acabó significando el fracaso del liberalismo. Era lo que los más furibundos antiliberales habían dicho siempre.

Para Azaña, que encarna uno de los puntos más extremos de esta posición, la Restauración será el último estertor de una larga claudicación: la del liberalismo español, que ha abdicado de sus ambiciones primeras y se ha rendido a una dinastía dispuesta a comprender las fuerzas tradicionalistas a expensas de sus auténticos valedores. Ante eso, Azaña propondrá devolver el brillo perdido a los cuarteles del liberalismo, restaurar sus ideales y así instalar definitivamente a España en la modernidad europea, un puesto que, según él, está a punto de perder por falta de energía y claridad, como lo perdió ya en el siglo XVI.

Para casi todos los demás de los retratados en estas páginas, la Restauración significará algo un poco distinto: no el fracaso del liberalismo templado y conciliador, sino el agotamiento puro y simple de todo el movimiento liberal. La Restauración certifica la defunción del liberalismo y el final de su capacidad renovadora. Habiendo instaurado las libertades políticas e individuales, los liberales han cumplido el papel que les correspondía en la Historia y ahora deben dejar paso a una nueva política, más volcada en la igualdad que en la libertad. De paso, entra en crisis la propia libertad económica. Esa será la línea del último Costa, abrasado por sus intentos inútiles de reformar un sistema diabólico, capaz de burlar todos sus ataques.

De esta posición, que sentencia el final del liberalismo, a otra de crítica general de la modernidad, no hay más que